

Ascensión del Señor

Ciclo A

“Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra”

Mateo 28, 16-20



- **Hechos 1,1-11** “A la vista de ellos, fue elevado al cielo”
- **Salmo 46** “Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas”
- **Efesios 1, 17-23** “Lo sentó a su derecha en el cielo”
- **Mateo 28, 16-20** “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra”

Reflexión y oración

- Ruego por pedir el don de comprender el Evangelio y poder conocer y estimar a Jesucristo y, así, poder seguirlo mejor. Apunto algunos hechos vividos esta semana que ha acabado
- Leo el evangelio, después contemplo y anoto lo que me ha llamado la atención.
- Ahora apunto aquello que descubro de JESÚS y de los otros personajes, la BUENA NOTICIA que escucho... veo

¿Quiénes son, para mí, las personas a quien Jesús me envía para hacerlas sus discípulos? ¿cómo lo hago? ¿cómo lo haré?

- Y vuelvo a mirar la vida, los HECHOS vividos, las PERSONAS de mi entorno... desde el Evangelio ¿veo?
En mi “Galilea” ¿qué experiencia he tenido de encuentro con Jesús Resucitado? ¿en qué he descubierto que es Aquel que tiene “Autoridad” sobre mí, a quien “adoro”?
- Descubro la llamadas que me hace -nos hace- el Padre hoy a través de este Evangelio y pienso en un compromiso personal.
- Finalizo el diálogo con Jesús dando gracias y pidiendo en mi oración

Notas para situar este Evangelio

- Se interrumpe la lectura de Juan, los discursos de despedida... antes la fiesta de la Ascensión se celebraba en Jueves y este domingo era el 7º de Pascua y se leía a Juan 17, 1-11. Cuando se cambia prevalece la fiesta de la Ascensión con sus propias lecturas.
- La Ascensión forma parte del misterio Pascual de Cristo. Culminada su misión, Jesús se elevó al cielo ante la mirada de sus Apóstoles (Hechos 1,1-11) y se volvió al Padre para sentarse a su derecha (Efesios 1,17-23). Es parte de nuestro Credo.
- Vamos a leer los últimos cinco versículos del Evangelio de Mateo: sobrios, densos. El relato se refiere a un encuentro de los Discípulos con Jesús. El que sea en Galilea y en el monte expresa la identidad entre el Resucitado y el Jesús histórico.
- En Galilea (16), Jesús había concretado la mayor parte de su ministerio (Mt 4,12-17). Y cuando, Resucita, se aparece a las mujeres que lo buscan, el mensaje que les da –como se lo había dado ya el ángel en el sepulcro (Mt 28,7)– es que vayan a Galilea (Mt 28,9). Galilea es una tierra habitada por judíos y no judíos.
- Galilea representa, pues, el lugar de la vida. Y, por lo tanto, la vida de la Iglesia. Y es nuestro hoy, porque el Evangelio no es un recuerdo del pasado, no es una historia edificando. Quien lee-escucha el Evangelio encuentra el relato de su propia vida vivida “con” Jesucristo (quizás sin haberlo descubierto antes): “Él-está-con-nosotros” (Mt 1,23) cada día/todos los días (20).
- El “monte” es para Mateo lugar de revelación (4,8; 5,1; 17,1). La consignación de las dudas que aparecen en tantos relatos de la Resurrección es un rasgo de sinceridad. Cristo, que limitó su actividad a la predicación a los judíos, envía ahora a los Discípulos a predicar el Evangelio por todo el mundo. Lo realizarán con el poder que Él les confiere y les promete su asistencia hasta el final de los tiempos. El “bautismo” se administró en un principio en nombre de Jesús (Hechos 1,5ss; 2,38ss); la formulación en nombre de la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu) es más tardía, y aparece unida a la experiencia de salvación que nos trae Jesús (obra de las tres Personas).
- A diferencia de las apariciones en Jerusalén, las apariciones en Galilea no se fijan en la identificación de Jesús que se da a reconocer, a palpar... La presencia de Cristo, ya glorificado, se impone a los Discípulos reunidos. “Estoy con vosotros”. Presencia de Cristo-Dios, semejante a la presencia asegurada a los profetas de la Biblia por el mismo Dios (Ex 3,12; Jue 6,16). Todos los días: la presencia activa de Jesús va llenar el tiempo de la historia.

Notas para fijarnos en el Evangelio

- Los Once (17), descartado Judas, representante del Israel histórico que ha pedido la muerte de Jesús. El Israel mesiánico se forma sin integrar al antiguo pueblo como tal.
- Los Once “lo adoraron” (17). La palabra original del evangelista por decir “adorar” indica, a la vez, el homenaje que se da a un rey que acaba de nacer –“el rey de los judíos” (Mt 2,2)– y la adoración que se merece por el hecho de ser Hijo de Dios (Mt 14,33): Jesús es el Emmanuel –Dios-con-nosotros– (Mt 1,23), adorado como Resucitado (Mt 28,9) y como Señor (17).
- Que a Jesús se le adoraba ya lo habíamos encontrado en Mateo, sobre todo en el episodio de los “Sabios de Oriente” (Mt 2,2.11), donde las ofrendas recuerdan al profeta Isaías que describe la ida de pueblos extranjeros en Jerusalén para ofrecer toda clase de dones (Is 60,6; también Sal 72,10-11.15). Los sabios de Oriente representan todas las naciones de la tierra convocadas a adorar al mismo Señor.
- La mezcla de adoración y de dudas de los discípulos (17) ya la habíamos encontrado antes, cuando Mateo nos reporta la duda de Pedro (Mt 14,31) y la adoración y confesión de fe de Él mismo con todos los discípulos (Mt 14,33). La poca fe de los discípulos aparece expresada, también, en otros lugares (Mt 6,30; 8,26; 16,8; 17,20).
- La “autoridad” (18) de Jesús (Mt 11,27; Dn 7,14; Jn 17,2; Ef 1,20-22; Fl 2,9-10) es la que le reconocen los discípulos, es decir, la Iglesia. Jesús es Señor (Mt 7,21) y Hijo de Dios (Mt 2,15). Esta “autoridad” se ha manifestado en la enseñanza (Mt 7,29), el perdón (Mt 9,6) y las curaciones (Mt 9,8; 10,1).
- Esta autoridad es la que tendrán los discípulos para “ir” “a todos los pueblos” (19) a ofrecer lo mismo que Él ofrece. Misión universal (19), va a cumplirse la promesa hecha a Abrahán (Gn 17,4s; 22,18). Jerusalén, capital

de Israel, queda atrás y no va a ser objeto de nueva misión (10,6; 15,24); Galilea abre el camino hacia los paganos. Todo/a discípulo de Jesús se convierte en apóstol: es enviado/da a todo el mundo, sin discriminaciones de ninguna clase, con la misión de hacer, de cada persona, un/a nuevo/va “discípulo”.

- El llamamiento que los Once habían recibido, llamamiento a seguir Jesús, acoger sus enseñanzas—Jesús es el Maestro (Mt 5,1; 23,8)— y ponerlas en práctica (Mt 7,24), es la que ahora tienen que hacer ellos a otras personas, hasta llegar a todo el mundo, a toda la humanidad. Siempre desde lo concreto: las personas de la vida cotidiana —Galilea es el signo—, pero con un horizonte universal: a todos “los pueblos” —también Galilea lo representa siendo cómo es una región dónde habitaban muchos paganos (Mt 4,12-17)—.
- Primer medio para hacer discípulos: el bautismo, que vincula al Padre, fuente del Espíritu, al Hijo, de quien se recibe, y al Espíritu mismo, que potencia al hombre, completa su ser y lo pone en la línea del “Hombre” (3,16). Y el segundo medio, la instrucción o enseñanza sobre la práctica del mensaje (los mandamientos mínimos -5,19- y las bienaventuranzas), con un estilo de vida parecido al de Jesús. Así se cumplirá el contenido de su nombre, Emmanuel: “Dios con nosotros” (Is 7,14; Mt 1,23). Más adelante (Mt 18,20), esa presencia y asistencia se promete a la comunidad eclesial. Y la última página, con la que se cierra el Evangelio, contiene la promesa de una presencia permanente e indefectible de Jesús, que será la garantía de que, aunque se vaya, ellos no quedarán solos ni desamparados: el que se quedará con ellos.
- Ser discípulo, ser enviado/da, no se vive a solas. Jesucristo es viviente. Dios continúa con nosotros, actuando (Jn 5,17). Lo veíamos, también, el pasado domingo (Jn 14,16). Y hacemos experiencia, especialmente, cuando Él nos convoca y nos reúne en Iglesia (Mt 18,20).

¿DÓNDE TE BUSCARÉ, SEÑOR?

Señor,
si no estás aquí,
¿dónde te buscaré estando ausente?
Si estas por doquier,
¿cómo no descubro tu presencia?
Cierto es que habitas en una claridad inaccesible.
Pero, ¿Dónde se halla esa inaccesible claridad?
¿Quién me conducirá hasta ahí, para verte en ella?
Y luego, ¿con qué señales?
bajo qué rasgos te buscaré?
Nunca jamás te vi,
Señor, Dios mío;
no conozco tu rostro...

Enséñame a buscarte
y muéstrame q quien te busca,
porque no puedo ir en tu busca,
a menos que tú me enseñes,
y no pueda encontrarte,
si Tú no te manifiestas.
Deseando,
te buscaré;
te desearé buscando;
amando,
te hallaré,
y encontrándote,
te amaré.

(S. Anselmo)

A TIENTAS

Creer;
Cuando uno se adentra en la madurez de la vida,
o lleva años afirmando y renegando
el jardín de sus flores y seguridades,
no consiste en soñar;
ni en volar,
ni en adentrarse en un mundo de ilusiones,
ni en quitar las hierbas malas,
ni en dar respuesta a todos los interrogantes,
ni en tener una estructura lógica y razonable
en la que apoyarse.....

Creer, hoy, Señor,
es andar a tientas,
tanto de día como de noche,
entre sombras y luces,
bullicios y silencios
-que velan, desvelan, confunden y alertan-
e intentar, con los sentidos cansados,
olerte, oírte, verte, tocarte y besarte
en tus mediaciones.
Y alegrarse de estar aquí así,
a tientas.

(F. Ulibarri)



VER

En la literatura y el cine abundan los finales en los cuales hay una despedida: por ejemplo, la saga de ‘El Señor de los Anillos’, ‘Casablanca’ o ‘E.T. el extraterrestre’. En estas despedidas se entremezclan, por una parte, la tristeza por la separación, pero también la alegría porque se sabe que esa despedida es necesaria y, aunque duela, es lo mejor: Frodo (‘El Señor de los Anillos’), si no se va, no curará de la herida interior que le ha provocado ser portador del Anillo; Ilsa (‘Casablanca’), si no se va, será atrapada por los nazis; y E. T., si no se va, será atrapado para hacer investigaciones con él. Quienes se quedan, lloran, pero saben que esos a quienes aman deben marcharse. Y seguramente los adultos hemos vivido más de una separación de este tipo, con tristeza y alegría a la vez.



JUZGAR

Hoy estamos celebrando la Ascensión del Señor, que es su despedida. Como hemos escuchado en la 1ª lectura: “Jesús... después de haber dado instrucciones a los apóstoles... fue elevado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista”. Como en toda despedida, hay un elemento de tristeza: “Miraban fijos al cielo, mientras Él se iba marchando...” No nos extraña que se queden “plantados mirando al cielo”, como señalan los “dos hombres vestidos de blanco” que se presentaron. A nosotros, en su situación, nos hubiera pasado lo mismo.

Pero también hay un elemento de alegría, como ha dicho Jesús en el Evangelio: “Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos”. Pero esto no es una frase hecha, del estilo de las que solemos decir nosotros: ‘Viviré en tu corazón y en tus pensamientos’. Es una promesa real que Jesús va a cumplir: “Vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de no muchos días”. El Espíritu Santo que el Padre y el Hijo nos envían es quien asegura esa presencia constante de Jesús con nosotros.

Y por eso, a diferencia de esas despedidas que hemos visto en esos libros y películas, en la despedida de Jesús brilla la esperanza, porque el reencuentro está asegurado. Así lo hemos escuchado en la 1ª lectura: “El mismo Jesús, que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo”. Y, como diremos después en el Prefacio: «No se ha ido para desentenderse de nuestra pobreza, sino que nos precede el primero como cabeza nuestra, para que nosotros, miembros de su Cuerpo, vivamos con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino». Es bueno que Jesús se vaya porque, como tantas veces hemos dicho durante la celebración del Jubileo, «nosotros tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria». (Bula, 19)

Por eso, la celebración de la Ascensión del Señor, de su despedida, no es para quedarnos “plantados mirando al cielo”, sino que, por esa promesa de su presencia constante y por esa esperanza en el reencuentro definitivo, hemos de acoger su llamada: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado”. Todos los que hemos sido bautizados con Espíritu Santo somos discípulos misioneros, como dijimos el domingo pasado. Dios cuenta con todos nosotros porque, como nos recuerda el temario de reflexión sobre las futuras orientaciones pastorales diocesanas: «Hace unos años la religión se transmitía en la familia, la escuela y el barrio. Actualmente vivimos en una sociedad en la que la religión es considerada una elección más de los individuos, en aras de conseguir lo que todos buscamos: una vida feliz. Es por ello por lo que los católicos hemos de dar un testimonio alegre de nuestra fe. En primer lugar, en nuestra familia, lugar en el que nace la fe. En segundo lugar, hemos de dar testimonio en el trabajo, para que nuestra vida profesional se torne en una oportunidad de evangelizar. Finalmente, hemos de dar el primer anuncio en aquellos espacios y encuentros informales: en un café, en momentos cotidianos, cuando vamos paseando o cuando nos comunicamos a través de medios digitales». (Tema 5)



ACTUAR

¿He vivido alguna despedida con esa mezcla de tristeza y alegría? ¿Qué significa para mi vida cotidiana la Ascensión del Señor?
¿La esperanza en el reencuentro con Él me ayuda en el presente?

El tiempo de Pascua está llegando a su fin, pero nosotros debemos vivir la Pascua todo el año. Por eso, hagamos nuestra petición de la 2ª lectura: “Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo os dé espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder en favor de nosotros”. Así, sabiendo que está con nosotros por su Espíritu, viviremos como discípulos y apóstoles enseñando a guardar lo que Él nos ha enseñado, «con la ardiente esperanza de seguirlo en su Reino».